

# EL MENDIGO DE VALDECARROS

Órgano del Asilo para pobres transeuntes :: Publicación mensual.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

## La palabra de Dios.

Hijo, no defraudes la limosna del pobre y no apartes tus ojos del pobre. No desprecies el alma hambrienta y no exasperes al pobre en su necesidad. No aquejes el corazón del desvalido ni dilates el dar al angustiado. No deseches el ruego del atribulado y no vuelvas tu cara del necesitado. No apartes tus ojos del menesteroso a causa de la ira, y no des lugar a los que te buscan, de maldecirte por detrás. Porque oída será la plegaria del que te maldijere en la amargura de su alma y le oirá aquel que le hizo. Muéstrate afable a la congregación de los pobres y humíla tu alma al anciano y baja la cabeza al hombre grande. Inclina al pobre tu oreja, sin desdén, y paga tu deuda y respóndele cosas apacibles, con mansedumbre. Libra a aquel que padece injuria de mano del soberbio. En el juzgar sé piadoso con los huérfanos. Y serás tú como un hijo obediente del Altísimo y habrá de tí piedad más que una madre. La sabiduría inspira vida a sus hijos y acoge a los que la buscan, e irá delante de ellos en el camino de la justicia. Los que la posean heredarán la vida, y en donde entrare, Dios dará bendición.

(Eclesiástico, cap. 4, v. del I al XIV.)

## El Asilo en marcha.

Durante el mes de Diciembre, nos ha enviado Cristo Jesús 611 convidados a la mesa del Asilo:

han venido, pues, cincuenta y cinco menos que el mes anterior. Las lluvias y nieves, que han puesto, ha días, éstos caminos intransitables, han impedido, sobre todo a los más ancianos, hacer periódicamente la penosa jornada.

Con las limosnas recibidas de vuestra inagotable caridad, hemos adquirido cuatro mil raciones de tocino y unas quinientas de arroz; los demás artículos, como el pan, vino, etc., se toman según las necesidades del momento.

Ayer tarde, sin previo aviso, cuando yo regresaba de la Iglesia parroquial, me encontré a la puerta de la rectoral con el señor párroco de Amatos, con don Guillermo Monzón, coadjutor de Alba de Tormes, y con el distinguido escolar, becario de la Universidad salmantina, don Felipe Fernández del Campo.

—Venimos —nos dijeron— a visitarte y a ponernos a tus órdenes para ayudarte mañana en las tareas del Asilo.

—Por cierto habéis llegado en muy propicia coyuntura; precisamente mañana es primer viernes de mes y podréis pasar un buen rato en el confesonario; además, uno de vosotros me sustituirá con gran ventaja, predicando a los mendigos, y los demás le serviremos la mesa.

El programa acordado se cumplió en todas sus partes. De siete y media a nueve de la mañana, nos ocupamos de oír confesiones, se repartieron ciento cuarenta comuniones, y poco después, se abrieron las puertas del Asilo, tomando asiento en él setenta y cuatro mendigos. El señor Párro-

co hizo el ofrecimiento de obras que repitieron piadosamente los pobres. El señor Monzón hizo a los congregados sentidísima plática, exortándolos a la conformidad con la voluntad de Dios, valiéndose para ello de las enseñanzas del nacimiento del Divino Niño. Los niños de las escuelas cantaron el Himno de los Mendigos; el fervoroso catequista, don Esteban Martín, leyó un capítulo del *Kempis* y la vida de San Telesforo, santo del día. El clero, el señor Farmacéutico, el señor Maestro, catequistas y otros devotos de la obra, sirvieron a los pobres la modesta comida, consistente en arroz muy en abundancia, sangre de cerdo, una ración de tocino frito, pan riquísimo de la Panificadora de Alba y vino superior, de la famosa bodega de don Cesáreo Martín.

Hecha en común la oración pública por los bienhechores de la obra, el escolar señor Fernández del Campo quiso hacer unas instantáneas del Asilo, de los mendigos, etc.

Momentos después entrábamos en la rectoral, muy satisfechos de la jornada del día, que ofrecimos todos a mayor gloria del Sagrado Corazón de Jesús.

EL CURA DE VALDECARROS.  
5 Enero 1917.

## Elogio de la limosna.

Dad limosna. Socorred siempre al necesitado.

La limosna es para el pobre lo que es para la tierra sedienta y agostada, el húmedo aliento de la mañana de primavera.

Las plantas que crecen en las márgenes de los ríos, viven más lozanas y robustas que las que arraigan en los eriales.

No sea vuestro corazón erial para la planta de la misericordia. Sea orilla donde eche hondas raíces el amor al pobre.

Dejad que la limosna sea como enredadera entretejida al árbol de vuestras buenas obras.

«Os lo digo yo, vuestro Dios y Señor—se lee en el *Levítico*—: en tu viña no recojas los racimos y uvas sueltas que caen a la tierra; déjalas para los pobres y viandantes.»

No siegues tampoco hasta rasar con el suelo tus mieses; ni desees apilar en la era todas las espigas de tus sembrados; las que se tronchen, traigan a tu memoria que hay pobres, hermanos tuyos.

La limosna es el sello de la autenticidad de tu fe.

Desnudos están tu hermano y tu hermana—desnudos están los pobres; cada día necesitan llevar a su boca un pedazo de pan; el frío hace tiritar sus cuerpos, y no tienen abrigo para pasar las heladas del invierno; la nieve cubre la tierra.

El viento arranca de los árboles las hojas sin vida; ¿adonde las llevará?...

Un pobre—hoja pálida y macilenta del árbol de la humanidad—un hermano tuyo llega a tu puerta; llama...

Eres creyente, eres piadoso. ¿Le dirás: «Hermano, vete en paz; caliéntate y come en otra parte»?

Recuerda, cristiano, que la limosna es el sello de la verdad de tu fe; y no olvides tampoco, que la fe sin obras, de nada sirve.

La limosna es el aroma de la caridad.

La primavera sin flores es triste, porque las flores son la diadema y el aroma de la primavera.

Haz que en tu corazón haya siempre florida primavera de caridad.

## La obra de Valdecarros.

Nunca como ahora ha necesitado el mundo de verdaderas obras sociales. Y adviértase que hablamos de obras sociales en cristiano, en católico o, lo que es lo mismo, de obras sociales de corazón.

Hay que reconocer, desde luego, que la filantropía y el altruismo han tomado carta de naturaleza en nuestras costumbres. Se socorre, se ayuda al pobre, se establecen Sociedades de socorros, se fundan Cajas de ahorros para las clases necesitadas y, lo que es más, se organizan bailes aristocráticos y corridas de rumbo en beneficio de Hospicios y Casas de caridad.

Pero entre ese puñado de monedas que entregamos a los menesterosos, no va ni un pedacito de nuestro corazón, ni una centellita del fuego de nuestro amor. Es muy bueno, muy justo y muy santo nuestro desprendimiento hacia el pobre, y ¡ojalá que todos, en la medida de sus fuerzas, ayudasen a esa obra magna de dar de comer al hambriento y de vestir al desnudo!

Pero ese pobre desarrapado necesita algo más que el mendrugo de pan para matar el hambre y el trapo para cubrir su desnudez. Eso es la materia, el cuerpo de la caridad; pero el espíritu, el alma que informa esa materia, eso no lo dan ni las Sociedades, ni las Cajas de ahorros, ni los bailes, ni las corridas, ni ninguna de esas fiestas aparatosas y deslumbradoras que, a pretexto de los pobres, tanto se menudean en nuestros tiempos.

No van por ese cauce las corrientes de caridad mundana. Esta no es más que por de fuera, extrínseca, sin raigambre en el corazón, sin savia en el alma, sin sedimento en el espíritu. Esa raigambre, esa savia, ese sedimento, brotan del pecho de Cristo, se amamantan en las ubres miseri-

cordiosas y maternas de la Iglesia.

Por eso notaréis, mundanos altruistas, que los pobres buscan su lugar de refugio en las Iglesias. ¿Sabéis por qué? Por que en las Iglesias encuentran el rescoldo del amor de Jesucristo, que alimenta más y da más calor que todas las riquezas del mundo.

Bajo las solitarias naves de los templos encuentran los pobres los brazos amorosos y el tiernísimo regazo de su madre la Iglesia católica, esposa de Cristo y madre de toda miseria y desnudez.

Saben muy bien nuestros pobres que la Iglesia les da con una mano el pan y con la otra el corazón, que los socorre y los ama, que les quita el hambre y les da su amor.

¡Lástima que esa Iglesia no pueda, como en otros tiempos, tirar a manos llenas sus riquezas en el portal de los pobres!

Pero a pesar de todos los pesares y de no tener ni una migaja de su riquísimo patrimonio, inícuamente arrebatado por un Estado sin conciencia; a pesar de no tener ni un céntimo propio, pues vive de limosna, es hoy la Iglesia la madre de los pobres, la única que sabe socorrerlos con amor.

La obra del cura de Valdecarros es una de tantas corazonadas de la Iglesia para con los pobres.

Ahí teneis a un cura de Aldea, conocido solamente en las cuatro chozas que rodean su Iglesia; un cura pobre que no tiene, seguramente, para cubrir sus necesidades; pues, bien, ese cura, inspirado en la caridad amorosa de Cristo, rebosando amor, ternura y cariño para los pobres, imagina allá, en las reconditeces de su ingenio, la obra de la caridad rural.

Esos pobres que vagan solitarios de aldea en aldea, de alquería en alquería, con su saquito al hombro, los pies descalzos, un palo en la mano para afianzar la flaqueza de sus piernas, desgred-

ñados, macilentos, azotados día y noche por la ventisca, ostigados por el agua, rendidos por el cansancio, aniquilados por el hambre, endurecidos por la falta del fuego del amor, esos pobres de ínfima categoría (porque hasta en la pobreza hay castas: los hay cortesanos, de capitales de provincia, de poblados importantes y de caseríos o rurales) son la pesadilla de un cura de ínfima categoría también, de un cura rural.

Y este cura rural encuentra, más que en la agudeza de su entendimiento, en el arrebató de su corazón la gran solución al problema de la pobreza rural.

¿Y cuál es esa solución? La fundación del hogar patrimonial de la casa solariega del pobre vagabundo; el que ese pobre errante encuentre al fin de su carrera diurna una casita limpia como el oro, con el fuego de sus lares humeando para que sus ateridos miembros reaccionen y una cama más limpia aún, mullida por mano materna, donde repose su asendereado cuerpo y descanse y se cobije de las intemperies y heladas invernales; el que ese pobre tenga su palacio juntito, muy juntito, al palacio de su Dios, pegado a los muros de la Iglesia y cuidado y administrado por el amor maternal del cura.

En una palabra: la obra de ese cura admirable se reconcentra en esta idea maravillosa: que el pobre tenga su casa y su madre cariñosa: la casa frontera de la Iglesia; la madre, el cura.

Multiplicad esta idea hasta el infinito, y en cada pueblo tendréis, como por encanto, la obra regeneradora y vivificadora del pobre rural. En cada pueblo tendrá su casa y en esa casa una madre cariñosa, que los recibirá todos los días con los brazos abiertos, le cicatrizará las heridas del camino, le enjugará los sudores y le estampará el ósculo materno, augurio de bendiciones y consuelos.

Con esto ya no son desheredados los pobres; tienen su patrimonio, su herencia, su pedacito de solar, que legarán en testamento perpetuo a su descendencia y ésta tendrá, el día de mañana, donde gozar del amor más tierno de su vida.

Esta es la obra del apóstol del pobre del campo.

Que Dios la bendiga y nosotros la secundemos.

Todo es cuestión de encauzar los sentimientos de caridad que llevamos germinando en el corazón.

Procuremos todos contribuir con nuestro óbolo para que en cada pueblo tengan los pobres su casa, que de seguro en cada pueblo hay un cura dispuesto a levantársela y a ser él la madre tierna y solícita que la cuidará como saben hacerlo los representantes de Cristo en la tierra, que sienten en sus entrañas el cariño hacia el desheredado como la sintió Cristo, que fué el padre de los pobres.

A. Q. TAVERA.

## El tesoro de la Iglesia.

Hoy como ayer, en estos últimos siglos como en los primeros del cristianismo, el distintivo de los cristianos es la *verdadera caridad*. En vano han querido adornarse, instituciones exóticas, con falsas copias de los sublimes rasgos de la caridad cristiana; las obras de beneficencia se han desarrollado donde nacieron y han nacido donde únicamente pudieron recibir vida, bajo la sombra protectora de la Religión cristiana.

La historia de la Iglesia católica es la realización augusta de la misión benéfica de Aquel que había dado como prueba de su mesianicidad, *pauperes evangelizantur*. Y en todos los períodos de la historia ha conservado íntegra, la Iglesia, la hermosa tradición de

la beneficencia y caridad, que se ha manifestado socorriendo las grandes miserias que acarreaban las pestes, como en los años 252 y 313 en las populosas ciudades de Cartago, Alejandría y Roma, siendo atendidos los pobres y desamparados, los enfermos y los presos, con tan tierna solicitud de parte de los cristianos, que fueron llamados, el mártir español San Lorenzo, el *tesoro de la Iglesia*, en la época misma de odio y persecución para todos cuantos llevaban el nombre de cristiano, calumniándoles al pretender hacerles responsables de todas las calamidades, pues aun entonces se abría paso su caritativa conducta, teniendo que reconocer, obligados por la evidencia, lo que elegantemente afirma el autor de la «Epístola» a Diognetes: «a todos aman, siendo de todos aborrecidos; son pobres y a todos enriquecen; se los escarnece y ellos bendicen; se los ultraja y honran a los otros.» Su caridad a nadie excluía, hasta tal punto, que el mismo Juliano, el Apóstata, se vió obligado a reconocer: «es vergonzoso para nosotros que ninguno de los judíos mendigue y los galileos, enemigos de los dioses, alimenten no sólo a sus pobres, sino aun a los nuestros, que nosotros dejamos sin socorro.»

Numerosos son los ejemplos de nobles opulentos que repartieron entre los pobres sus grandes fortunas; el santo Obispo Paulino de Nola y las romanas Paula y Melania, cuyo patrimonio diríase fabuloso, pues producía una renta anual de 116 millones de francos; y San Basilio levantó en Cesárea de Capadocia, un conjunto de establecimientos benéficos que formaban una nueva ciudad destinada a recoger huérfanos, ancianos, enfermos y expósitos.

Y si cuando la Religión lucha por su existencia, aún hace atender sus obras de misericordia, cuando públicamente puede mani-

festarse, cuando se encuentra en pleno vigor, entonces es la Iglesia en frase nada exagerada «un grande asilo de la humanidad». Son los pobres el *tesoro* y la *familia* de la Iglesia, y quien vió con asombro el registro de las limosnas de San Gregorio Magno, pudo decir «que era universal granero de todos».

En nuestro tiempo continúan los pobres siendo el tesoro de la Iglesia, al que atienden con ternura, al que guardan con afecto, al que dedican sus cariños más hondos las grandes instituciones cristianas que entre otras, pues son incontables, los Hermanos hospitalarios de San Juan de Dios, las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, las Hermanitas de los pobres, fundadas en Saint Servan; las Adoratrices, fundadas en Madrid por la V. Sacramento; las Hermanitas de los ancianos desamparados, fundación del Chantre de Huesca don Saturnino López Nivoa; las Siervas de María, fundada por don Miguel Martínez y Sanz, párroco de Chamberí.

Como pequeña hoja que ha brotado del árbol frondoso de la Cruz de Cristo, existe en el modesto pueblo de Valdecarros una parte de este riquísimo tesoro de la Iglesia, del que cuida con esmero, como buen administrador y mayordomo, un ministro de la Religión católica cuyo nombre es bendecido constantemente.

Si deseas, lector cristiano, tener parte en las riquezas de este tesoro, contribuye con tus limosnas a esta magna obra de dar socorro espiritual y temporal a los pobres transeuntes, institución fundada por el caritativo párroco de Valdecarros, don Luis González Huertos. El agradecimiento y oraciones de los mendigos serán ya suficiente premio a tu largueza, pero como lo harás por Dios, tendrás la única recompensa digna, la *gratitud del gran tesorero Jesucristo*, que ha querido acu-

mular en tí bienes para que tú los repartas a sus pobres.

J. G. T.

## Donativos recibidos.

	Pesetas.
Doña María Antonia Díaz. . . . .	10
Una señora de Salamanca, por medio de doña Anunciación Pérez. . . . .	5
MM. Carmelitas de Medina. . . . .	5
Doña Rosalía García: un pan, seis libras de arroz y	1
Don Ambrosio Gutiérrez. . . . .	2,50
— Adolfo Martín. . . . .	2,50
Un Sacerdote. . . . .	2
Doña Elisa Regalado y esposo. . . . .	4
Don Casimiro Sánchez. . . . .	2
Una persona devota. . . . .	0,25
Doña Luisa Rodríguez (Salamanca). . . . .	5
Doña Fulgencia Jorge (Salamanca). . . . .	5
Don Aurelio Torrens. . . . .	5
— Manuel Rodríguez. . . . .	4
— Julio Rodríguez. . . . .	3
Una persona piadosa. . . . .	5
Don Segundo Flores. . . . .	1
Un caballero de Salamanca: cinco sombreros.	5
Una devota de la Obra. . . . .	5
Don Magencio Bautista: cinco panes y doce libras de arroz.	5
Don Pío Rodríguez: medio cántaro de vino.	1
Doña Eloisa Flores. . . . .	5
La niña Asunción Ruiz. . . . .	5
Don Aurelio Álvarez. . . . .	5
Doña Manuela Sanz: una arroba de arroz.	5
Doña Engracia Martín: un pan y tres libras de arroz.	5
Don Francisco García: doce cuartillos de vino.	5
Don Aureliano García. . . . .	4
Doña Adelaida Sancho. . . . .	2,50
— María Isabel Calvo. . . . .	1
Don Bibiano González. . . . .	1
— Tomás Casanueva. . . . .	10
M. I. S. Deán de Salamanca. . . . .	12,50
Un sacerdote. . . . .	2
Don Andrés Charro. . . . .	5
Doña Consolación Martín Mateos: vino para celebrar y vino para los pobres.	5
Señor Párroco de Amatos. . . . .	2
Un caballero amante de la Obra por medio del señor Maestro de Valdecarros. . . . .	5
Otro idem idem, por medio de idem idem. . . . .	5
Una señora de Bilbao, por conducto de don Luis Guervós. . . . .	50
Varios promotores de obras de caridad. . . . .	8

Don Timoteo Nieto. . . . .	7,50
Una persona piadosa. . . . .	5
La niña Asunción Ruiz, en sufragio del alma de su hermana. . . . .	5
Dr. Garrido. . . . .	5
Don Gonzalo Roca. . . . .	5

## Las limosnas.

Todos los sacerdotes de la Diócesis recibirán con gusto cualquier donativo para la obra y tendrán la caridad de hacerlo llegar a mis manos. Muchas personas suelen enviar dinero por el giro postal de Alba de Tormes; otras han remitido sellos de correo.

En Salamanca, podéis entregar vuestras limosnas al muy ilustre señor don José de la Mano, San Pablo, 39; al señor Párroco de la Purísima, Monterrey, 2; al señor don Angel García, Capellán de las Adoratrices, Bermejeros, 56; en la Residencia de Padres Jesuitas, Serranos, 2, o en el Colegio de niñas, Plaza Mayor, 6.

En Peñaranda, a doña Jacoba Arenillas o a don Eladio Silva.

En Alba de Tormes, Vitigudino, etc., a los señores Párrocos arciprestes.

Las limosnas en especie, que tanto han abundado gracias a vuestra inagotable caridad, al señor Párroco de Alba; yo pagaré los portes.

Todo se aprovecha en el Asilo: ropas usadas, calzado, mesas, bancos, sillas, cubiertos, cuchillos, vasos, jarras, sartenes, ollas y potes para guisar, manteles, servilletas, paños de aseo y principalmente tocino (es la partida más fuerte de gastos), manteca, aceite, vino, garbanzos, lentejas, guisantes, alubias, arroz, embutidos, bacalao, pan o harina, fruta del tiempo, queso, sal, pimiento, chocolate, café, azúcar, sopa de varias clases, cigarros, galletas, latas de sardinas, de melocotón, rosquillas, dulce de membrillo, carnes de vaca, ternera, cordero, cabrito. De todo habéis remitido.

EL MENDIGO DE VALDECARROS publicará todas las limosnas con el nombre de los donantes o guardando el incógnito, según el deseo de cada uno.